

**JUAN BENET:
POETA EN PROSA DEL SILENCIO Y DE LAS PENUMBRAS**

**JUAN BENET:
A POET IN PROSE OF SILENCE AND DARKNESS**

JORGE MACHÍN LUCAS

THE UNIVERSITY OF WINNIPEG (CANADÁ)

Resumen: En el presente artículo se va a discutir la importancia de los conceptos del silencio y de las penumbras en la obra literaria de Juan Benet. Con ellos, este escritor pretende invitar a explorar todo aquello que está más allá de la razón pactada por los humanos y demostrar que lo que llamamos irracional puede constituir una lógica desconocida. Para él, esta puede ser clave en un futuro para nuestro progreso intelectual y social.

Palabras clave: Juan Benet, narrativa, postmodernidad, silencio, penumbras.

Abstract: In this article I am going to discuss the importance of the concepts of silence and darkness in the literary works of Juan Benet. With them, this writer tries to invite us to explore what is beyond our agreed reason. He also wants to show us that what we call the irrational can be an unknown logic. According to him, this logic can be important in the future for our intellectual and social progress.

Keywords: Juan Benet, narrative, post-modernity, silence, darkness.

Es indudable -hasta para Juan Benet (1927-93), que fue ingeniero de obras públicas- que la razón, la tradición y la ciencia producen beneficios en cuestiones materiales y prácticas a través de la investigación aplicada, pero también que son insuficientes cuando tratan de describir todo lo real, lo perceptible y lo, por el momento, imperceptible, lo que se puede conceptualizar y lo que todavía no. A



una realidad, a un conocimiento, a una lógica y a una historia que tienden hacia el pensamiento único y hacia el “interés general” de unos pocos y que son inestables, incompletos y engañosos, Benet añade otros ulteriores a la percepción común y al pensamiento convencional pactado e impuesto por los imperfectos e hipersubjetivos seres humanos, por sus sociedades, por sus estamentos y por sus Estados. Esta aspira a ser una expansión epistemológica de nuestro hipotético “sentido común” y un avance hacia la justicia universal. Esos saberes quizá están más allá del silencio y de las penumbras, que aparentemente parecen estar vacíos aunque pueden estar llenos de significados y de comunicación ultrasensoriales. Si estos se añadieran a los comunes, tal vez se podrían dar más respuestas y explicaciones al misterio de la creación y más soluciones ante la injusticia y las desigualdades sociales. Esos conocimientos, en este presente, pueden ser imaginados o intuitos a través del arte, de la mística o de la religión y en un futuro a lo mejor podrán ser analizados desde un método científico todavía en pañales como se nos deja ver en el libro de ensayos *El ángel del señor abandona a Tobías*, publicado en 1976 (Benet, 1976: 105-6).

En la obra de Benet, nuestra limitada razón es simbolizada por lo que podemos buenamente percibir, en este caso del sonido y de la imagen. Por el contrario, la sinrazón o lo irracional están representados por el silencio y por las penumbras. Paradójicamente, al intuirse que hay sentido tras estos últimos, la razón se convierte en algo negativo al estar mermada y la sinrazón en algo positivo al poder ayudar a completar a la anterior. De hecho, razón y sinrazón son lo mismo sin solución de continuidad, sin interrupción, dos partes de una realidad y de una razón superiores. Somos nosotros y nuestra reducida capacidad perceptiva los que no somos lo mismo ante ellas. Ese silencio y esas tinieblas son las puertas de entrada a lo que está más allá del alcance de nuestros sentidos, en la infra o en la ultrapercepción (como los infra o ultrasonidos). Son espacios muchísimo más extensos que pueden ser anteriores o posteriores a una minúscula y volátil razón más llena de sombras que de luces. Por tanto, son pre o postsemióticos, pre o postsemánticos, pre o postgramaticales. Son tan inmanentes o inherentes al microcosmos del ser como trascendentes o situados más allá de él en el macrocosmos fundacional.

En este orden de cosas se puede insertar esta problemática física, metafísica, ontológica, mística, religiosa, filosófica, psicológica, lingüística y literaria, despreciada hasta ahora por la razón oficial y por su brazo ejecutor científico por poco práctica o económica. No obstante, la ciencia pudiera en algún momento de la historia encontrar claves básicas de lo creado tras su examen al posiblemente estar el silencio y la oscuridad llenos de sonidos, de logos, de materia y de hasta *ontos*, o sea, de entes o de seres, todos ellos imperceptibles para la mayoría de la gente. En esa temática tan aparentemente etérea, tras las lindes de la percepción común, Benet trata de insinuar la existencia de “toda una ciencia del destino” (*Volverás a Región*, 1996: 267). A saber, cree que se puede localizar más lenguaje, más significados y más realidades para mejorar la pedagogía o didáctica humanas y para incrementar su base intelectual y empírica.

En esta discusión acerca de lo que puede haber más allá de lo conocido, Benet busca deconstruir toda excesiva denotación o intento de objetivar esos dos sustantivos. Para él, hay muy diversas interpretaciones para entenderlos. Por ejemplo, en cuanto al silencio hay mucho más que discutir que las típicas represiones o imposiciones que han derivado en inquietudes o en traumas que lo han motivado o que las frecuentes ocultaciones, aquiescencias o calmas en que se manifiesta. Todo esto último es detectable en su novela *Un viaje de invierno* de 1972 (Benet, 1989: 324) y en sus *Cuentos completos* en “Sub rosa” (Benet, 1998: 187, 205 y 215), en “Numa, una leyenda” (Ibid.: 230-2) y en “El demonio de la paridad” (Ibid.: 477). La cuestión es que tanto el silencio como las tinieblas connotan conceptos que yacen en el misterio, en la indeterminación y en la incertidumbre, lo cual para muchos críticos haría adscribir la obra benetiana al movimiento postmoderno. Una posible idea acerca de ese ambiguo cronotopo, en términos bajtinianos, es que en él se podrían localizar las claves gnoseológicas o de conocimiento para entender mejor el funcionamiento de nuestro progreso y para ver hacia dónde realmente este nos lleva.

Para analizar tan sutil tema, uno debe ir más allá de lo que la negociada razón o legalidad, que no justicia, le permite. Esta tan solo preserva un *statu quo* de injusticia, de desigualdades y de dominaciones mediante la expansión del temor a la desobediencia y al subsiguiente castigo. Sin embargo, al entrar en esas “zonas de sombras”, se podría hallar ideas o simplemente corregir errores y eso nos podría llevar hacia una justicia global, tal y como se desea a veces en la obra de Benet (vid. Machín Lucas, “Juan Benet y el pensamiento místico [...]”). Aquí va un botón de muestra: se pide en *Volverás a Región*, publicada en 1967, un “*regressus ad uterum* para borrar los errores y descarríos de la edad presente y preparar el nacimiento de una nueva raza” (1996: 153). Dentro de esa generalizada atmósfera de irrealidad y de irracionalismo, como la que se representa en *Cuentos completos* en “Baalbec, una mancha” (1998: 75), el silencio y las tinieblas están íntimamente relacionados entre sí. Véanse si no las novelas *Un viaje de invierno* (1989: 209) y *En el estado*, de 1977 (1999: 108), o de nuevo *Cuentos completos*, entre los que destacan “Nunca llegarás a nada” (1998: 50 y 56-7), “Duelo” (Ibid.: 106), “Una tumba” (Ibid.: 172-7), “Después” (Ibid.: 269, 281 y 289), “Por los suelos” (Ibid.: 357), “De lejos” (Ibid.: 404) y “El demonio de la paridad” (Ibid.: 477). Ambos conceptos intervienen decisivamente para producir apariencias de realidad (Ibid.: “Una tumba”, 174-5) en un ámbito inaccesible por el momento para las mentes excesivamente racionalistas y biempensantes. Solo se puede tratar de acceder a ese extraño espacio-tiempo ignorando a nuestra razón, producto de acuerdos entre clases sociales que siguen ideas hipersubjetivas derivadas de lo que es perceptible y capaz de ser conceptualizado por el consenso de una multitud de mentes tan falibles como sesgadas e interesadas.

De ese modo, se puede apreciar que en la oscuridad se encuentra lo que hay más allá del presunto silencio que rodea a lo audible: los infra o ultrasonidos, “los últimos y más codiciables timbres” (Ibid.: “Después”, 280). Por ende, para que estos puedan ser emitidos, en su interior debe de haber materia, energía e

incluso vida. La fatalidad y lo pretrascendente también se hallan entre esa tupida malla de sombras que a la par insinúan otras realidades para aquel que se atreve a desafiar a la lógica cotidiana. El creador del mundo literario de Región así lo manifiesta al poder ser el silencio uno previo a una “explosión”, que a veces pudiera ser catártica y regeneradora, o al poseer un “voto de perennidad”, de perpetuidad, de eternidad (Ibid.: “Después”, 289, y “Numa, una leyenda”, 232, respectivamente). Se trata de un silencio que, por cierto, para el poeta coetáneo a Benet llamado José Ángel Valente (1929-2000), integrante de la denominada “poesía del silencio”, se manifiesta tras una gran explosión que combina la lucha del mundo, el sacrificio de la humanidad y una mística laica más inmanente que trascendente y más humana que divina (1999: 237).

Tanto unos sonidos que son silentes para nuestros oídos como unas penumbras que se van cerrando alrededor suyo devienen en metáforas de una sinrazón posiblemente más racional que la nuestra. Siguiendo el ideario literario de Benet, en ella el logos no tiene un sentido convencional para nuestras mentes. Con todo, si pudiéramos entenderlo, este podría ayudarnos a descifrar mejor los códigos secretos de la creación. En pocas palabras, lo inaudible no necesariamente es inexistente, algo que muchas veces se da por garantizado. Tiene poder incluso en la muerte ya que se apodera “en un instante de lo que fue un cuerpo animado” (*Cuentos completos: “Horas en apariencia vacías”, 1998: 389*). Con ello, parece como si el silencio tuviera la potestad de decidir el inicio y el final de la vida y de determinar los periodos de duración de lo que muy deficientemente llamamos lo real y lo material. Eso es así ya que su campo de acción es muy superior al del sonido, como lo es el de las penumbras con respecto a lo visible. Da la impresión como si todo lo perceptible brotara de su interior y fuera devorado por él porque está hecho de una efímera esencia similar a la de la vida y a la de los cuerpos celestes. Asimismo, Benet identifica las tinieblas con el óbito (Ibid.: “TLB”, 301).

Para él, el silencio es mucho más que una mera incapacidad de percibir los sonidos. En él se pueden encontrar tanto la apostura y la dignidad como la autoridad y la solemnidad (Ibid.: “Horas en apariencia vacías”, 376-7). O en él también se puede, mediante la acción de la violencia y mediante la muerte, provocadas ambas por un disparo y simbolizadas por los estereotípicos ladridos de un perro, “restablecer el silencio habitual del lugar”, sinónimo de represión y de determinismo históricos, con que acaba su *ópera prima* novelística titulada *Volverás a Región* (1996: 335). Ese silencio no es tan solo uno de tipo coercitivo e inhibitorio aplicado mediante el *argumentum ad baculum* o *manu militari* por parte del Estado o de la dictadura franquista sino otro tras el que muy posiblemente un destino más totalitario comunica sus inapelables dictámenes a los entes de ficción de Juan Benet (*Cuentos completos: “Sub rosa”, 1998: 202*).

El silencio puede a veces ser inquietante y consternar a la gente incluso con el horror y con su carácter fatídico, es pretérito y arcaico, de remotos orígenes y puede estar relacionado con un futuro lleno de desgracias o anunciarlo de

alguna manera (Ibid.: “Nunca llegarás a nada”, 23, 50 y 65). Además, puede grabar momentos y tiene tonos esotéricos o místicos en una nada naciente (Ibid.: “Sub rosa”, 200-1). Aparte de eso, es uno con poder intimidatorio, el cual cohibe, un lugar no solo para ocultar sentimientos sino también para imponer de manera antientrópica el orden natural (Ibid.: “Una tumba”, 171, y “De lejos”, 407 y 410). Lo que es invisible para nuestros limitados sentidos, aunque existe, yace en su seno y puede hasta tener vida propia y, por tanto, contribuir de manera anónima al desarrollo de nuestra civilización (Ibid.: “Catálisis”, 323, y “Horas en apariencia vacías”, 380). El silencio es el que genera y destruye el sonido perceptible y no al revés, habiendo allí mucha sonoridad, más presencias que ausencias, más plenitud que vacío (Ibid.: “Una tumba”, 150, y “Después”, 273). En él un “preoído exacerbado y preciso” puede detectar hasta susurros o sonidos no apreciables por el común de los mortales (Ibid.: “Duelo”, 123 y 141, y “Por los suelos”, 357). Para estos últimos, esos son a veces

más cercanos y zumbantes, sonidos silbantes y prolongados y consonantes repetidas a punto en cada momento de cristalizar en una palabra inteligible que desaparecía en el aire como una pompa de jabón [...] (Ibid.: “Reichenau”, 305).

Si lo hubieran conseguido, estas palabras no pronunciadas o no escuchadas todavía hubieran tenido sentido pleno (Ibid.: “Duelo”, 106 y 139). Dentro del silencio hay todo un sistema lingüístico (Ibid.: “Una tumba”, 153) que una vez descubierto nos pudiera dar más información acerca del cosmos que habitamos.

Este pudiera simbolizar la *durée* o el irracional tiempo de la conciencia ya que se opone al arbitrario sonido de la cronología, del reloj (Ibid.: “Viator”, 310). Conviene recordar que Benet fue influido por Henri *Bergson* (1859-1941), filósofo francés que estableció esta división entre un tiempo subjetivo y otro aparentemente objetivo. E incluso pudiera representar lo intemporal o lo ácrono (Ibid.: “Duelo”, 103), aunque posiblemente ayude a explicar mejor nuestra temporalidad. He aquí un extracto de *Un viaje de invierno* que confirma esta adscripción del silencio a un espacio fuera del tiempo o inserto en una temporalidad ulterior a nuestra razón aprendida y escasamente discutida y a nuestros sentidos de corto alcance y tantas veces falaces:

Algo en la casa estaba cambiando constantemente sin transgredir los límites de la quietud, algo que parecía parapetarse tras el silencio, la inmovilidad y la estancamiento de un tiempo acrónico [...] (1989: 181).

Este tiempo presuntamente vacío nutre una representación idealizada del *locus eremus* de la Guerra Civil española y de la posguerra. Lo hace en una *cacotópica* sociedad regionata que es menos española que universal, metaliteraria e intertextual. Eso es de este modo por dos razones fundamentales.

La primera se debe a sus preocupaciones intelectuales acerca de la natu-

raleza humana, evidenciadas por ciertas especulaciones, digresiones o excursos sobre la memoria, la conciencia, el tiempo, el destino, el individuo versus la sociedad, la búsqueda personal, la pasión versus la razón, la sexualidad versus el amor, el pesimismo y otros. La segunda está motivada por sus evidentes conexiones, aunque muy transformadas y adaptadas a la irrealidad literaria regionata, con cronotopos de *William Faulkner* (un ficcional Mississippi estadounidense convertido en texto en el mítico *Yoknapatawpha County*) y de Euclides da Cunha (un depurado *Canudos* brasileño). En este contexto temporal se inscriben los efectos de la ruina producida por las luchas de egos y de poder de hombres imperfectos en un mundo sin sentido y a la deriva. Nos encontramos ante toda una temporalidad de índole mítica (Pérez Magallón, 1991: 288) henchida de tradición y de historicidad. Es un tiempo “inmensurable y gratuito”, el cual puede

materializar con su interminable movimiento circular la naturaleza del vacío que nos envuelve, del silencio que sucede a un Pasado (sic) ultrasonoro cuyos ecos resuenan en el ámbito de la ruina (*Volverás a Región*, 1996: 260).

Por añadidura, el silencio es también ontológico y es básico para que pueda funcionar, fluir y actuar la memoria. Es tan interno e inmanente al ser como externo y trascendente. El ser humano tiene distintos modos y grados de percepción ante ambas modalidades suyas (*Cuentos completos*: “Horas en apariencia vacías”, 1998: 382). Se cree que está relacionado con un “más allá paraterrenal” (Ibid.: “Una tumba”, 151 y 156), lo cual vincula la obra benetiana intertextualmente con palimpsestos de mística sincrética, no ligada directamente a ninguna tradición en concreto. Surge de las alturas, de lo celeste, de lo divino y lleva marcado en sus entrañas el sello de un nefando hado que permea toda la producción literaria del ingeniero madrileño:

...bajo un cielo estañado, carente de color y de sonidos (Ibid.: “Sub rosa”, 217).

...el silencioso bostezo de un cielo fatigado y pesaroso que envuelto en un halo húmedo presiente su vergüenza y reprime sus lágrimas con un gesto esquivo (*Una meditación*, 1970: 57).

[...] en incontenible y silencioso *crescendo* más allá de las paredes oxidadas, donde anidó [...] el funerario amor transformado en matrimonio místico [...] (*Cuentos completos*: “Duelo”, 1998: 145).

Benet postula la posible existencia, o bien real o bien como tópico literario, de un silencio que parte de las fuentes del origen del cosmos. Dentro de él hay conocimientos básicos acerca de nuestras raíces y de nuestro destino individual y colectivo. Eso es visible en su libro de ensayos publicado en 1976 y titulado *El ángel del señor abandona a Tobías*. Nuestra evolución en la historia depende del despertar de ese silencio trascendente e inmanente hacia el sonido. La razón principal de esta afirmación es que de este modo se añadirán sus todavía desconoci-

dos contenidos a los ya conocidos por las comunidades intelectuales y científicas, con todos los beneficios que esto puede reportar:

[...] es el sueño del silencio, de la carencia de la palabra, del estatuto –por decirlo de manera etimológica- infantil de la naturaleza, del largo momento preauroral que no sacude su sopor aun cuando las primeras voces articuladas anuncian el despertar de un nuevo día (*El ángel del señor abandona a Tobías*, 1976: 70).

Vamos a analizar ahora las espesas y enigmáticas “penumbras” o “tinieblas” que se extienden por gran parte de la obra literaria de Benet. Su expansión delimita el saber humano. Ellas marcan la línea divisoria entre la luz y la oscuridad. Esa es la que separa lo perceptible y pensable mediante la razón acordada entre los humanos de lo imperceptible y que se puede intuir mediante la unión entre la anterior lógica “en funciones” y al uso y lo que peyorativamente denominamos como sinrazón o irracional. Esas penumbras son de ficción y están tanto en el interior como en el exterior de los cronotopos y de sus personajes. No obstante, también simbolizan las conceptuales, metalingüísticas, estilísticas y metaliterarias de la *forma mentis* artística de Benet. Esas tinieblas pueden hasta detener un agujero atomizado en su particular y bastante pesimista mundo de ficción (*Cuentos completos: “Una tumba”*, 1998: 161 y 166). John B. Margenot, en *Zonas y sombras [...]*, cree que en su diseño ha intervenido toda una “arquitectura” (1991: 107). Ellas son las famosas “zonas de sombras” con resonancias ontológicas (*Cuentos completos: “Los padres”*, 1998: 297). Tras ellas reside la incertidumbre (Ibid.: “Nunca llegarás a nada”, 48), atributo humano. Son espacios prerracionales que solo pueden iluminar los instintos (Ibid.: “Una tumba”, 156).

El ámbito en la penumbra es tan atractivo como nocivo (Ibid.: “De lejos”, 408) y está vinculado de alguna manera al caos original (Ibid.: “Sub rosa”, 212). En el fondo, es como si el mundo se hubiese articulado desde ellas y como si ellas fuesen vestigios de un pasado precivilizado muy remoto. Por eso, en ellas se pudiera hallar claves desconocidas todavía por el pensamiento científico acerca de los fundamentos básicos que han constituido lo creado. Además, tras ellas se pueden localizar sonidos y significados sorprendentes (Ibid.: “Una tumba”, 172, y “Los padres”, 292-295) pertenecientes a esas partes de una realidad y de una razón universales que están más allá de la percepción y del pensamiento aceptados por los seres humanos. El escepticismo típico de un mundo anclado en el materialismo y en los límites de los sentidos humanos se resume en su parte visible, la cual lo metaforiza. Todo lo que está más allá de las fronteras de la infra y de la ultrapercepción es automáticamente puesto en tela de juicio por esa actitud de duda, de desconfianza o de miedo ante lo desconocido (Ibid.: “Syllabus”, 326), aunque allí pudiera haber más sentido y más lógica.

Allí se podría apreciar que hay un ininterrumpido continuo que se extien-

de desde lo perceptible y pensable hasta lo, por el momento, imperceptible e impensable. Si la clase científica se arriesgara a tratar de convertir lo, a su entender, todavía indemostrable e imposible en demostrable y posible, generaría posibilidades de dar más explicaciones a misterios cósmicos y vitales abordados hasta ahora por los pensamientos no formales de la mística, de la religión, del arte y de cierta filosofía. Por consiguiente, al marcar los límites de la actual humanidad en términos cognoscitivos, esas penumbras no pueden ser todavía descritas ni explicadas (Ibid.: “De lejos”, 405 y 414), pero precisamente ello debiera suponer un estímulo y un reto para intentarlo de algún modo. Benet piensa que las tinieblas tanto como el silencio son intemporales (Ibid.: “Nunca llegarás a nada”, 50). Sin embargo, siguiendo la lógica anteriormente desarrollada, debieran de ser prolongaciones de nuestra realidad percibida o la punta del iceberg de una verdad superior que la incluye.

En relación a este tan aparentemente quimérico como necesario desafío intelectual, Benet afirmó lo siguiente en una de las tantas entrevistas a que se sometió, las cuales arrojan mucha luz acerca de su obra literaria: “A mí no me gustan las ideas claras, prefiero arreglármelas en la penumbra” (*Cartografía personal*, 1997: 298). Estas lobregueces, estos territorios umbríos y otros claroscuros del conocimiento humano aparecen, por ejemplo, en *Volverás a Región*, en “una Región invadida a todas horas por la oscuridad” (1996: 290), en alusión inequívoca a sus inciertas e indeterminadas naturaleza y esencia. En *Una meditación* se opone la supuesta zona de luces de la conciencia a una “zona en penumbra dominada por [...] –la serie de la carne” (1970: 119). Esta última es la zona de las pasiones y de lo irracional, la cual para Benet aporta más datos acerca de los asistemáticos procederes humanos y del irregular devenir de la vida. En *En el estado* abundan por doquier las tinieblas y se hace referencia a las de la experiencia de lo real, la cual podríamos ampliar más de lo que creemos posible en estos momentos (1999: 45 y 130). En esta obra se afirma de manera anfibológica que hay voces en ellas o que ellas mismas nos hablan (Ibid.: 60 y 62), que son las zonas adonde llevan y en donde habitan las más primitivas pasiones incluyendo las relacionadas con el placer sexual y con el orgasmo (Ibid.: 72), que son lugares de misterio y de ocultación (Ibid.: 73, 86, 108 y 114) y que poseen todo un ritual y toda una liturgia parangonable a los de las religiones (Ibid.: 74).

Es curioso que, por lo discutido anteriormente, dichas tinieblas puedan desafiar intelectualmente a una prostituida razón en ciernes que se vende en subasta pública al mejor postor. Ella, toda una ética de mínimos que se exhibe como unos casi máximos, se creó y negoció para minimizar daños y para sobrevivir lo mejor posible en un mundo caracterizado por la desigualdad y la depredación de los fuertes y ganadores hacia los débiles y perdedores. Y además ella es tan solo la parte más visible de todo un rico cosmos de conocimientos variados al que se ha ninguneado o al que se ha comparado sin argumentos de peso con el caos irracional. En la novela *En la penumbra* de 1989 y, finalmente, en *El caballero de Sajonia* de 1991 (1991: 19 y 48) las tinieblas hacen acto de presencia en mayor o en menor medida.

Son también espacio de acogida de personajes debilitados, indecisos y obsesivos que se recluyen. Estos son encarnadura de los resultados determinados por un destino trágico con orígenes inmemoriales en España y en la condición humana en general. Temerosos del castigo a toda infracción del orden establecido por una naturaleza animada, ellos se tratan de esconder de un mundo, de una sociedad y de una razón pactada que les han sido hostiles. Asimismo, allí pueden rememorar y revisar las razones de sus frustraciones y de sus irresoluciones vitales en un presente aciago. Y no solo eso. Allí también acceden a un conocimiento superior: el de lo irracional que se suma a lo pretendidamente racional. Claros ejemplos de ello son los infaustos doctor Sebastián de *Volverás a Región*, Cayetano de *Una meditación*, Demetria de *Un viaje de invierno*, Cristino de *La otra casa de Mazón* de 1973, la tía de *En la penumbra*, la abuela sibila y el primo Simón de *Saúl ante Samuel* de 1980 o el señor Hervás y la señora Somer de *En el estado*.

En conclusión, más allá de la aparente nulidad perceptiva o de mordazas y de vendas represoras, tanto los silencios como las penumbras tienen una indudable ascendencia y orientación mística, aunque de tipo laico, no confesional, en la producción literaria de Benet. Estos temas son una oposición contra discursos filosóficos y literarios exotéricos o comunes para las mayorías como son el positivismo filosófico y sus métodos herederos en lo literario: el realismo, el naturalismo y el costumbrismo. Suponen una penetración, aunque superficial, en los misterios cósmico, biológico, metafísico, ontológico y metaliterario donde habita una extensión de nuestra razón a la que mal denominamos como lo irracional. Esta, unida a la convencional, a la incompleta y por tanto a la auténtica sinrazón a la que llamamos razón, forma una archirrazón superior, expresión de una archirealidad, de un archiespacio, de un architiempo y de una archihistoria, que se deberían desentrañar para saber más sobre todo lo que nos rodea y sobre nuestros orígenes.

Actualmente, esa megarrazón está más allá del alcance de nuestros sentidos y de nuestra conciencia e inteligencia colectivas tanto como de nuestros estratégicos pactos sociales. Se expresa muchas veces de manera metafórica mediante la aporía o contradicción insoluble que nos remite a lo que está fuera de nuestra razón acordada. Un ejemplo de ella es el oxímoron, la fusión de dos conceptos de significado antitético u opuesto, la cual origina un nuevo sentido. De tal modo, así se literaturizan unos aparentes reconciliación y aprovechamiento de todo sistema binario, dicotómico o dialéctico a que estamos acostumbrados. Mientras no lleguemos científicamente a describir y a explotar esa megarrazón, estaremos en lo que Ihab Hassan denominó con el neologismo “indeterminancia” o combinación postmoderna de indeterminación y confusión ante lo percibido y conceptualizado con una subsiguiente tendencia immanente hacia nuestras ipseidades o centros vitales (1987: 91).

Benet invita al lector a pensar en esa razón superior y a empezar su búsqueda. Esa por el momento es una en prosa poética y entre immanente y tras-

cedente. En las obras que se han estudiado aquí no pretende ser una de tipo teleológico hacia verdades absolutas ni hacia significados estables, algo típico de una pretenciosa modernidad y de sus cuestionables progresos, escalas y parámetros lógicos. En pocas palabras, no se aspira a llegar en retracción temporal ni a Dios ni al origen, aunque lo deseen algunos de sus solitarios, melancólicos y amargados personajes de manera desesperada, nostálgica y utópica con tal de reiniciar la historia con los errores del pasado aprendidos. Ese sería para ellos el único intento viable de renaturalización de un mundo y de un arte desnaturalizados por la acción humana tanto mediante lo técnico como mediante lo tecnológico si seguimos las teorías de *Fredric Jameson sobre el postmodernismo* (1991: 1 y 309).

Las aspiraciones intelectuales benetianas no van hacia unos máximos imposibles incluso ahora mismo. Son tan solo ir ampliando las bases epistemológicas en terrenos tabú o prohibidos por la ciencia actual con sus investigaciones básicas o aplicadas. Eso por ahora se puede solo hacer mediante la intuición y la imaginación mística, religiosa, filosófica o artística, entre otras. Tal vez en un futuro la ciencia, impulsada e inspirada por las anteriores formas de conocimiento, se haya desarrollado lo suficiente para acometer tamaña empresa con mayor definición. Esa es la de revelar y explicar más lo todavía inefable, el sublime postmoderno según Jean-François Lyotard (1993: 78-81). O sea, descifrar más a fondo los sonidos del silencio y aprovechar mucho más la energía de la materia imperceptible que nos remiten al *arkhé* o principio de todo. Cuanto más avance nuestra razón pactada, que todavía es sinrazón si tenemos en cuenta el todo cósmico que nos queda por conocer, más se nutrirá de lo irracional, que ha de ser lo más racional unido con la anterior, con nuestra (in)cultura, con nuestra (in)humanidad. Nuestra evolución se acelerará y mejorará de este modo, algo que se puede inferir del pensamiento más autorreferencial que científico del ingeniero de obras públicas y de guerras (in)civiles literarias.

El autor del ciclo de *Región* entronca así, directa o indirectamente, con la mística sincrética pero también con otros referentes, escuelas o tradiciones. En cuanto al silencio, lo hace también con Samuel Beckett (por ejemplo, con su novela *El innombrable* de 1953) (vid. Machín Lucas, “El palimpsesto de Samuel Beckett [...], 2019”). Y también con la filosofía de María Zambrano, con la poesía de Paul Celan, con la de Octavio Paz o con la del silencio española de José Ángel Valente, de Antonio Gamoneda o de Clara Janés, e incluso con otros poetas entre los que destacan, en diferentes grados de intensidad en cuanto a este tema, *Carlos Bousoño*, José Manuel *Caballero Bonald*, Antonio Colinas, Juan Luis Panero o Emilio Adolfo Westphalen (vid. Machín Lucas, ““Radiografías” y “radiofonías” [...], 2020”).

En relación con las tinieblas, este es un tema también típico para su idolatrado William Faulkner (vid., por ejemplo, las novelas *Santuario* de 1931 o *Luz de agosto* de 1932) y para su admirado Thomas Mann en *La montaña mágica* de 1924 (vid. Machín Lucas, “El palimpsesto de *La montaña mágica* [...], 2016”). Ju-

lio Cortázar y su novela *Rayuela*, de 1963, le pudieron influir asimismo en este aspecto (vid. Machín Lucas, “Diálogos (sub)conscientes transatlánticos [...]”, 2018, y “Un palimpsesto indeseado [...]”, 2019). Además, estaría en una tradición similar a la de Marcel Proust en *En busca del tiempo perdido* (1913-27) y a la de James Joyce en, por ejemplo, *Retrato del artista adolescente* (1916). Todos estos han sido modelos para un intento de propiciar un salto en la evolución humana desde la fantasía literaria, algo que Minardi, desde su informada visión acerca de los procesos históricos, cree que puede ser un “agente de un futuro [...] operador ideológico de la utopía” (2006).

BIBLIOGRAFÍA

- Benet, Juan (1970): *Una meditación*. Barcelona: Seix Barral.
- Benet, Juan (1973): *La otra casa de Mazón*. Barcelona: Seix Barral.
- Benet, Juan (1976): *El ángel del señor abandona a Tobías*. Barcelona: La Gaya Ciencia.
- Benet, Juan (1989): *Un viaje de invierno*. Diego Martínez Torrón (ed., intr. y notas). Madrid: Cátedra.
- Benet, Juan (1991): *El caballero de Sajonia*. Barcelona: Planeta.
- Benet, Juan (1994): *Saúl ante Samuel*. John B. Margenot III (ed., intr. y notas). Madrid: Cátedra.
- Benet, Juan (1994): *En la penumbra*. Madrid: Santillana (Alfaguara).
- Benet, Juan (1996): *Volverás a Región*. Víctor García de la Concha (com.). Barcelona: Destino.
- Benet, Juan (1997): *Cartografía personal*. Valladolid: Cuatro. Ediciones.
- Benet, Juan (1998): *Cuentos completos*. Madrid: Santillana (Alfaguara).
- Benet, Juan (1999): *En el estado*. Madrid: Santillana (Alfaguara).
- Hassan, Ihab Habib (1987): *The Postmodern Turn: Essays in Postmodern Theory and Culture*. Columbus: Ohio State University Press.
- Jameson, Fredric (1991): *Postmodernism, or, The Cultural Logic of Late Capitalism*. Durham: Duke University Press.
- Liotard, Jean François (1993): *The Postmodern Condition*. 1979. Geoff Bennington and Brian Massumi (trans. from French). Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Machín Lucas, Jorge (2016): “El palimpsesto de *La montaña mágica* de Thomas Mann en la obra literaria de Juan Benet.” *1616: Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, 6, 171-194.
- Machín Lucas, Jorge (enero de 2018): “Diálogos (sub)conscientes transatlánticos:

- de *Rayuela* de Julio Cortázar a la obra literaria de Juan Benet". *Tonos Digital. Revista de estudios filológicos*, 34, 1-16.
- Machín Lucas, Jorge (2019): "Un palimpsesto indeseado en la obra literaria de Juan Benet: Julio Cortázar y sus minúsculas pedanterías". *Monteagudo*, 24, 217-39.
- Machín Lucas, Jorge (2019): "El palimpsesto de Samuel Beckett en la obra literaria de Juan Benet". *Hecho teatral*, 19, 19-52.
- Machín Lucas, Jorge (2019): "Juan Benet y el pensamiento místico: más allá del fatalismo". *Lectura y signo*, 14, 35-46.
- Machín Lucas, Jorge (enero-junio de 2020): "'Radiografías" y "radiofonías" del silencio en la poesía hispana contemporánea: Carlos Bousoño, José Manuel Caballero Bonald, Antonio Colinas, Juan Luis Panero y Emilio Adolfo Westphalen". *Revista de Literatura*, 163 vol. LXXXII, 235-256.
- Marginot, John B. (1991): *Zonas y sombras: aproximaciones a "Región" de Juan Benet*. Madrid: Pliegos, Colección Pliegos de Ensayo.
- Minardi, Adriana (marzo-junio de 2006): "*Hacer la Historia*: el sentido de práctica discursiva en *Qué fue la guerra civil*, de Juan Benet. La construcción del intelectual después de Franco". *Espéculo. Revista de estudios literarios*, 32, año XI. www.ucm.es/info/especulo/numero32/hacerhis.html
- Pérez Magallón, Jesús (1991): "Tiempo y tiempos en *Volverás a Región* de Juan Benet". *Hispanic Review*, 3 vol. LIX, 281-294.
- Valente, José Ángel (1999): *Obra poética. II, Material memoria (1977-1992)*. Madrid: Alianza Editorial.